

LA CÁDIZ DE PLATA FINA DE ANTONIO BURGOS

Por JOSÉ JOAQUÍN LEÓN
*Real Academia Hispanoamericana de
Ciencias, Artes y Letras de Cádiz*

“El mundo se divide en dos grandes partes: Sevilla y Cádiz”. Esta es una frase lapidaria que escribió Fernando Villalón, pero popularizó Antonio Burgos. Con su vida, con su obra y con su generosidad. Porque si algo fastidiaba a Antonio eran los mangazos. No soportaba que otros utilizaran lo que él había escrito sin respetarle la autoría. Y de ese modo Fernando Villalón fue reconocido y elogiado como autor de esa frase, que utilizaba con frecuencia Antonio Burgos, y que sigue siendo popular, casi un dogma de fe en Andalucía la baja. Pero se debe reconocer que yacía en el olvido hasta que la popularizó Antonio Burgos en sus artículos. Su mundo estuvo entre Sevilla y Cádiz.

¿Ese mundo estaba dividido, o no se dividió? Con el tiempo, he llegado a la conclusión de que Sevilla y Cádiz no son dos partes de un mundo que se divide, sino que son un mismo mundo. El mundo consta de Sevilla y Cádiz, que son distintas, y a la vez forman parte de una misma entidad. Serían como Sevilla y Triana, que son dos partes de una misma ciudad. Aunque, en el caso de Cádiz, está un poco más lejos. Antonio Burgos supo ser una referencia del sevillanismo y el gaditanismo. A él se debe otra frase lapidaria: “La gente de Cai nacemos donde nos sale de los cojones”.

No se equivoque nadie por esa expresión. La Cádiz de Antonio era de plata fina. Con el tiempo, llegó a la conclusión

de que la ciudad de la gracia no era Sevilla, como escribió José María Izquierdo, en su divagación, sino que era Cádiz. Y que Sevilla era la ciudad de la guasa, que no es lo mismo. Esto nos daría para otras teorías, en las que no puedo profundizar aquí. En los escritos de Antonio Burgos, Sevilla es la ciudad de la gracia divina y macarena, y Cádiz es la ciudad de la gracia humana. En cuanto a la guasa sevillana, se representa como “una gracia de los malanges”, que se convierte en algo sin gracia. En Sevilla, algunos presumen de tener mucha guasa, y se interpreta con un doble sentido, “de colmillo retorció”. En Cádiz, y eso lo sabía Antonio, a los de esa guasa directamente se les llama “siesos”.

Entre las muchas aportaciones que le regaló a Cádiz, hay una inolvidable, que se ha quedado como un matrimonio eterno: el de Cádiz y La Habana. En sus populares “Habaneras”, Antonio Burgos estableció que “La Habana es Cádiz con más negritos”. Y que “Cádiz es La Habana con más salero”. Y se ha quedado como otra frase lapidaria. Lo compuso Antonio Burgos y lo cantó Carlos Cano. La amistad de ambos dio para mucho. También para que fueran pregoneros a medias del Carnaval de Cádiz en 1988. Ser pregonero del Carnaval de Cádiz no es como serlo de la Semana Santa de Sevilla, que también lo fue Antonio Burgos en 2008, ya que el despelleje en Cádiz es menor que en Sevilla. Y, además, en el Pregón del Carnaval incluso puedes cantar con tus amigos y pregonar a dúo, como hizo él con Carlos Cano. Yo, que soy el pregonero de la Semana Santa sevillana de 2025, no podría pregonarla aquí a dúo con Joaquín Caro Romero.

A ese respecto se debe añadir que en el Pregón del Carnaval de Jesús Quintero, “El Loco de la Colina”, se acuñó otra frase lapidaria: “En Cádiz hay que mamar”. Y, aunque la dijo Jesús Quintero, el autor era Antonio Burgos, que se mosqueó bastante porque el colega no mencionó al autor. Es lo que decía de los mangazos. De esos le dieron unos cuantos.

Su aportación al Carnaval de Cádiz quedó de manifiesto en el coro de La Viña, con el que ganó premios a finales de los 80 y principios de los 90. La música era obra de su compadre, Antonio Martín, célebre autor de comparsas. Pero las letras eran de Antonio Burgos, que firmaba con el seudónimo “La Agrupación”. No quería aparecer como autor, con su nombre, en lucha

contra Julio Pardo y otros coristas. Pero, con el tiempo, se aclaró, sin dudas, que “La Agrupación” estaba formada por Antonio, por Burgos, y por Belinchón, o sea por él mismo, que escribió unas letras inolvidables.

Solía decir Antonio que Cádiz se había portado mejor con él que Sevilla. Es lo de siempre. Pensamos que nos tratan mejor en la ciudad de la que nos enamoramos que en la que nacimos. Afirmaba que en Cádiz lo habían tratado con más cariño. Allí el Ayuntamiento lo nombró Hijo Adoptivo de la Ciudad en 2002, de lo que estaba muy orgulloso. Y más aún de que le dedicaran el Paseo de Antonio Burgos, que está frente a la playa de la Caleta, junto al castillo de Santa Catalina, y con las puestas de sol más bonitas del mundo en el horizonte.

Con el tiempo, le concedieron el título de Hijo Predilecto de Andalucía, en 2020, y ha tenido reconocimientos en Sevilla. En realidad, fue un referente en ambas ciudades. Sus reticencias con ciertos tratos recibidos en Sevilla se debían a que siempre estuvo en guardia frente a los cobardes, los envidiosos y los traidores, y frente a los hipócritas de la “ojana” en flor.

¿Y cómo era la Cádiz de Antonio Burgos? Era una Cádiz idealizada por la distancia y la nostalgia. A mí, que vivo en Sevilla, me pasa lo mismo. Cádiz se ve muy bonita desde fuera. Cádiz desde Rota y desde El Puerto de Santa María es una preciosidad. Cádiz desde Sevilla es como un sueño al que se llega por la autopista, que ya no es de peaje y está llena de camiones, aunque desearíamos ir a través del río. El Guadalquivir desemboca en Sanlúcar, a donde traslada un recuerdo de Triana, pero no se queda quieto frente a Doñana, sino que sigue adelante, y acaba realmente en Cádiz. Por su parte, Cádiz es una isla, cuya salida por tierra y mar conduce los sueños de libertad hacia Sevilla.

La Cádiz de Antonio Burgos tenía algunos ecos de José María Pemán, que vio a Cádiz como un amor, como “señorita del mar” y “novia del aire”, “un poco peruana y un poco genovesa”. Burgos escribe de una Cádiz idealizada, de bergantines y goletas que vuelven de La Habana o del Callao, de Veracruz o de Cartagena de Indias, en un sueño de indianos, cargado de riquezas para esos antiguos mercaderes gaditanos que vigilan los barcos desde las torres miradores y los esperan en el muelle. Trasladaron

en el siglo XVIII la Casa de la Contratación de Sevilla a Cádiz, y originó una rivalidad entre ambas ciudades. Rivalidad de mentirijillas. Con el paso del tiempo se arruinaron las dos, y se perdió América, y se hundió hasta el barco del arroz.

La Cádiz de Antonio Burgos también era la más popular. La Cádiz del barrio de la Viña, con la Virgen de la Palma, que paró un maremoto en plena calle. Y con la gracia de sus chirigotas, con los cuplés del 3x4, que escribía un albañil en la mesa de mármol de un mostrador con media limeta de fino de Chiclana y un cartucho de cazón en adobo. La Cádiz del Mentidero, que espera a que sea julio para ver a la Virgen del Carmen por la Alameda. O la Cádiz del barrio de Santa María, donde los gitanos soñaban con la madrugada para cantarle una saeta al Nazareno. En la calle Jabonería o en la cárcel, que es donde se inventaron las saetas carceleras, según algunos flamencólogos. Allí las familias del cante, como los Ortega, se dividían ya entre los parientes que vivían en Cádiz o en Sevilla, y era lo mismo, porque ya digo que no son dos partes del mundo, sino que es la misma parte. Una con mar y otra con río, pero las dos dicen me río de Janeiro y de lo que haga falta. Con gracia o con guasa.

Antonio Burgos terminó siendo más de Cádiz que el faro de las Puercas, que a pesar del nombre está muy limpio por el mar. O del faro verdadero, que le guiña a su paseo en la Caleta, para que se quede su recuerdo permanentemente en el mar, donde el tiempo se muere con cada ola.

La doble nacionalidad sevillana y gaditana se la tenía ganada a pulso. Yo también la practico. Por eso, para terminar, les diré que, para mí, *Sevilla en 100 recuadros*, de Antonio Burgos, es uno de los evangelios de la sevillanía, junto con *Sevilla en los labios*, de Joaquín Romero Murube; *La ciudad*, de Chaves Nogales, y el *Ocnos*, de Luis Cernuda. Además del *Divagando por la ciudad de la gracia*, de José María Izquierdo, que siguiendo a Antonio se hubiera podido titular también como *Divagando por la ciudad de la guasa*.

Aunque yo creo firmemente que en Sevilla no sólo hay guasa. Hubo, hay, y habrá mucha gracia, divina y humana, como puede comprobar cualquiera que lea un recuadro de Antonio Burgos.